

Los Cazaventura y el tesoro de las Guayanas

Helen Velando

loqueleg

Las aguas verdes y turquesas del mar Caribe seguían hipnotizando a Benjamín Cazaventura mientras las admiraba por la ventanilla del avión, a varios miles de metros de altura. Contemplaba extasiado el bellissimo arrecife coralino que nace en las costas de la península de Yucatán y se extiende a todo lo largo de América Central.

El tío observaba las poquísimas nubes de aquel cielo tan espléndido y azul, mientras un sonido sordo y acompasado se confundía con los motores del avión: su sobrino Rolando roncaba sonoramente en el asiento de al lado.

Luego de recibir la carta en que Amapola le pedía ayuda, el profesor Cazaventura decidió tomar un vuelo directo a Venezuela para encontrarse con ella. Lo que no pudo evitar fue que su sobrina, la doctora Isabel Fuentes, insistiera en que alguien de la familia debía acompañarlo por si las cosas se complicaban. “Nada más absurdo —pensó el viejo profesor—, ¿cuándo se nos han complicado las cosas?”. Y eso fue exactamente lo que le preguntó en tono desafiante a su sobrina, quien no tardó en responder:

—Cuando tuvimos que cruzar un puente colgante con ventisca en plena cordillera de los Andes, cuando te perdiste en medio de la selva amazónica o cuando nos atacaron los murciélagos en las cuevas de Guatemala, solo para poner algunos ejemplos.

8 La doctora Fuentes podía ser muy convincente cuando se lo proponía y quedó claro que esta vez se lo había propuesto. Por lo tanto, el tío accedió a viajar con su sobrino Rolando. Por otra parte, disfrutaba muchísimo de su compañía, salvo por una cosa: los ronquidos.

Benjamín consultó su reloj; faltaba poco más de media hora para aterrizar y sentía que el corazón se le aceleraba solo de pensar en volver a encontrarse con Amapola.

Claro que no iba a dejar que se le notara, al menos hasta saber si tenía una oportunidad. Esta vez no iba a dejarla pasar, debía recuperar el tiempo perdido. No obstante, ella estaba muy preocupada y eso lo tenía inquieto; no veía la hora de llegar y aclarar cuál era el motivo de su pedido de ayuda. Al parecer, según se lo había comunicado por correo electrónico, su hermano Nicanor y ella habían dejado de verse desde hacía treinta años y a él lo habían dado por muerto en las selvas venezolanas. Sin embargo, habían surgido nuevos indicios de que estaría vivo. El resto de los detalles no los había mencionado. Amapola no se había comunicado con el profesor desde meses atrás, cuando se esfumó dejando cerrada la casa azul de Villa Serrana. Durante ese tiempo se había mantenido distante y eso lo inquietaba.

La voz del mozo del avión lo sacó de sus pensamientos al escuchar que habían iniciado el descenso

hacia el Aeropuerto Internacional de Maiquetía, Simón Bolívar, en la ciudad de Caracas.

Benjamín contempló el espléndido mar y la espuma blanca que rodeaba los arrecifes coralinos: había que aprovechar cada momento, no se podía dejar pasar tanta belleza.

Una hora y media después Rolando y Benjamín caminaban por el moderno aeropuerto buscando un teléfono.

El tío le había comunicado que viajarían de Cancún a Caracas; sin embargo, Amapola no había ido a buscarlos. Les había dado el número de su hotel y hacia allí pensaban dirigirse, aunque no sin antes llamar para avisar de su llegada.

—La señora Villanueva salió temprano y dejó un sobre a nombre de un profesor Cazaventera o Cazaventira.

—Cazaventura —corrigió Benjamín.

—Puede ser, no entiendo muy bien la letra, señor —se disculpó la voz en el teléfono.

—Está bien, guárdelo, por favor. Yo soy el profesor Cazaventura y voy para allá —colgó.

Algo extraño sucedía. ¿Adónde había tenido que ir Amapola con tanta urgencia? La única forma de averiguarlo era yendo al hotel a buscar esa carta; allí debía encontrarse la explicación.

—Tranquilo, tío, ya nos vamos a enterar del paradero de Amapola. Tomemos un taxi hasta el hotel.

—Está bien, vamos, sobrino. —Y Benjamín movió su bigote de cepillo de un lado a otro denotando preocupación.

Al cabo de un rato, un taxi los conducía por la hermosa ciudad fundada en 1567 por Diego de Losada. El calor de la tarde caraqueña los tenía sofocados. En tanto atravesaban autopistas y divisaban los enormes cerros, solo ansiaban una cosa: llegar. La capital de Venezuela, con sus cinco millones de habitantes, los asombró por su despliegue de bellezas naturales y de enormes y modernos edificios. El coche se dirigió a la plaza Bolívar, en el centro, cerca de la cual se encontraba el hotel.

10 Poco después Rolando y Benjamín se sentaron en las cómodas sillas del bar del hotel y leyeron con avidez:

Benjamín y Rolando:

Está amaneciendo y no tengo tiempo de explicarles mucho. Ayer por la tarde me pareció ver a alguien conocido en El Ávila. Esta persona es muy importante para continuar mi búsqueda. Al parecer es funcionario del teleférico; espero poder hablar con él dentro de poco, ya que hoy trabaja en el horario de la mañana. Por las dudas les dejo este mensaje, por si no llego en hora al aeropuerto. Si nos desencontramos, esperen a que me comunique con ustedes.

Intentaré llegar para la hora del almuerzo.

Saludos

Amapola

Se miraron desconcertados. Ya anocheecía, el reloj del hotel había dado las seis de tarde y Amapola no había regresado.